

Artículos	Página
Editorial: Desilusión o Confianza	1
Moises: el Hombre de Dios, pte. 2	2
¿Qué Sigue?	5
Nuestro Dios Insondable	8
Este no es su Descanso	9

Desilusión o Confianza

Joel Portman

Nadie vive mucho tiempo en este mundo tan convulso sin encontrarse con decepciones. La frustración que surge cuando no se cumple una promesa, cuando alguien no acude a una cita o cuando esa «persona de confianza» no actúa de forma responsable. Los ciudadanos astutos se dan cuenta de que las promesas electorales que hacen los candidatos a un cargo público suelen ser solo palabras vacías, dichas para impresionar e influir en los votantes, pero sin ninguna certeza de que se vayan a cumplir. Aunque el tan criticado hombre del tiempo prometa un día precioso y soleado, es posible que el día esperado esté marcado por una llovizna. ¡Así es nuestro mundo! Y si nunca nos encontramos con esas cosas que nos decepcionan o desilusionan en la vida, entonces somos realmente muy raros o estamos aislados de los demás.

Israel tuvo esas experiencias. Salieron de Egipto con grandes esperanzas de marchar sin demora hacia la tierra prometida, solo para descubrir que les esperaba un largo viaje por el desierto, acompañado de todas las dificultades y decepciones que ello conllevaba. Esa situación no se debió a que el Señor no les hubiera dicho lo que les esperaba en el camino, sino a sus vanas expectativas, que no se basaban en la realidad. Más tarde, en su historia, buscaron la ayuda de Egipto contra el poder de los ejércitos asirios, solo para ser advertidos por Isaías de que Egipto era como apoyarse en una caña que no tenía fuerza y se rompería fácilmente, como también les dijo Rabsaqué (Isaías 30:7, 36:6). Los dos discípulos en el camino a Emaús estaban abatidos porque «esperaban que él fuera el que redimiera a Israel» (Lucas 24:21). Su expectativa era correcta, pero su interpretación de lo que habían visto les había fallado.

Es muy reconfortante para nosotros reafirmar que nuestras esperanzas y confianza están en un

«Dios que no puede mentir» (Tito 1:2) y en Aquel que «no fallará ni se desanimará...» (Isaías 42:4). Pablo nos recuerda que «todas las promesas de Dios en él son sí y en él Amén, para gloria de Dios por nosotros» (2 Corintios 1:20). Leemos que «Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre, para que se arrepienta. ¿Acaso ha dicho él algo y no lo hará? ¿Ha hablado y no lo cumplirá?» (Números 23:19). Nuestra esperanza es segura, no como las esperanzas de este mundo que dependen de las promesas de hombres que pueden pronunciarlas sin intención o capacidad para cumplirlas. La esperanza del creyente se basa en la certeza de que nuestro Dios siempre cumplirá Su Palabra y no está limitado en Su capacidad para hacerlo.

¡Pensemos en algunas de las increíbles promesas que tenemos! Él ha dicho: «Si me voy y preparo un lugar para vosotros, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis» (Juan 14:3). Aunque fue escrita al final del canon del Nuevo Testamento, es posiblemente la declaración más antigua y definitiva de nuestro Señor con respecto a su venida por sus discípulos. Esa promesa de su regreso por su pueblo ha resonado a lo largo de los siglos de la historia de la iglesia y ha sido «la bendita esperanza y la gloriosa aparición (aparición de la gloria, lit.) del gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo» (Tito 2:13). La certeza de esa venida no puede verificarse observando las «señales» de nuestro mundo, las condiciones de nuestra sociedad, si los judíos ortodoxos han criado o no una vaca roja, o cualquier otra «evidencia» visible en nuestras vidas. La verdadera fe depende de la certeza de la Palabra de Dios y de la fidelidad de Aquel que la pronunció.

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

Aquellos en Hebreos 11 cuyas vidas estuvieron marcadas por la fe fueron los que recibieron la verdad de Dios o una promesa que Él había dado, y simplemente la creyeron sin pruebas externas. Abraham y Sara esperando un hijo es un ejemplo.

Es un error que cualquiera de nosotros piense que las condiciones del mundo son una indicación de la cercanía de la venida del Señor. Debería bastarnos con que Él lo haya prometido y con que las palabras con las que termina nuestra Biblia sigan siendo ciertas: «Vengo pronto». (Apocalipsis 22:7, 12, 20). La fe debería hacernos anticipar Su venida en cualquier momento y vivir como si Él pudiera cumplir Su promesa AHORA MISMO. ¡Cómo alegra esa expectativa el corazón de los santos de Dios y nos hace ordenar nuestras vidas en torno a esa certeza!

La lectura de las palabras del Señor en el Aposento Alto (Juan 13-17) revela que esas últimas palabras a los suyos en ese contexto están llenas de preciosas promesas. Está la promesa del Consolador y todo lo que Él proporcionará (Juan 14:16, 26, 15:26, 16:7-11, 13). El Señor les da la seguridad de su propia presencia con ellos, así como la del Padre (Juan 14:18, 23). Les asegura su paz, que les deja en esta situación tan difícil (Juan 14:27, 16:33). Manifiesta y declara su amor por ellos (Juan 13:1, 15:9-10). Estas y muchas otras palabras destinadas a consolarlos y tranquilizarlos son también válidas para nosotros, de modo que en esta situación decepcionante podamos descansar con tranquila confianza en su Palabra a través de todas las decepciones de la vida.

Algo que escribió Vance Havner puede poner fin a esto. Él escribió: «La fe continúa desde allí, creyendo firmemente que lo que Dios ha prometido, lo cumplirá...Es una señal de incredulidad, no de fe, cuando miramos a nuestro alrededor con inquietud y seguimos recordándole a Dios que dependemos de Él... debemos seguir adelante para hacer lo que hay que hacer, dando por hecho que ya está hecho... cuanto más examines tu fe, más débil será». Solo confía en el Señor. ¡ÉL ES FIEL, siempre!

Moisés: El hombre de Dios, pte 2

Alan Davidson

Moisés y la esclavitud

Hubo tres razones para la esclavitud en Egipto:

1. DIVINA: Fue predicha en Génesis, capítulo 13. La promesa de Dios a Abraham fue: «Haré tu descendencia como el polvo de la tierra» (v. 16). De una familia de 70 personas, la descendencia de Jacob aumentó a aproximadamente un millón y medio en

doscientos años. Pasó de ser una tribu a ser «la congregación de Israel» (Éxodo 12:6).

2. DISCIPLINA: Sus hermanos vendieron a José y lo llevaron a Egipto. Sus descendientes se convirtieron en esclavos en la misma tierra.

3. DISPENSACIONAL: Los gobiernos de la tierra están bajo el control de Dios. Israel entregó a Cristo en manos de los gentiles. Actualmente, vivimos en los «tiempos de los gentiles» e Israel aún sufrirá el tiempo de «la angustia de Jacob».

«Entonces se levantó un nuevo rey sobre Egipto, que no conocía a José» (Éxodo 1:8). Una nueva dinastía subió al trono de Egipto resentida por el asombroso crecimiento de los hijos de Israel que habitaban en la tierra escogida de Gosén. Cuanto más los afligía el faraón con dura esclavitud y amargas penas, más se multiplicaban y crecían. Este nuevo rey estaba resentido con el faraón anterior y sin duda tenía conocimiento histórico de su primer ministro, José. José fue levantado por Dios para preservar a los hijos de Israel. Ahora Dios estaba levantando a Moisés para liberar a su pueblo.

Hay lecciones prácticas que aprender de la esclavitud:

1. Los tiempos difíciles no borran las promesas de Dios. Pedro escribe sobre la persecución y los días oscuros y brumosos, pero también habla de «el amanecer del día y el surgimiento de la estrella de la mañana en vuestros corazones» (2 Pedro 1:19).

2. El trato severo no escapa a la atención de Dios. «Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus opresores; porque conozco sus dolores, y he descendido para librarlos» (Éxodo 3:7-8). A los santos perseguidos de Esmirna, el Señor les dijo: «Yo conozco tus obras, y tu tribulación, y tu pobreza... No temas nada de lo que vas a sufrir» (Apocalipsis 2:9-10).

3. Las pruebas difíciles no eclipsan la preocupación de Dios. «La prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro que perece, aunque sea probada con fuego, sea hallada para alabanza, honra y gloria en la revelación de Jesucristo» (1 Pedro 1:7). Amados, ¿la presión os oprime o os acerca más al Señor?

Moisés y las cargas

«Y sucedió en aquellos días, cuando Moisés había crecido, que salió a sus hermanos y vio sus cargas, y vio a un egipcio que golpeaba a un hebreo, uno de sus hermanos. Miró a un lado y a otro, y cuando vio que no había nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena» (Éxodo 2:11-12). Moisés tenía «cuarenta años» (Hechos 7:23) cuando mató al agresor del esclavo hebreo. «Lo defendió y vengó al oprimido... Porque supuso que sus hermanos habrían comprendido que Dios los libraría por su mano, pero ellos no lo

comprendieron» (Hechos 7:24-25). Moisés necesitaba aprender, al igual que Abraham, que los esfuerzos prematuros de la carne, aunque bien intencionados, terminan en fracaso. Necesitamos aprender a esperar en Dios. Los fines espirituales nunca se logran por medios carnales. Podemos hacer lo correcto, pero no en el momento de Dios. El liderazgo del pueblo de Dios no es seguro de sí mismo. Nadie será líder sin ser primero siervo. Moisés actuó de forma precipitada y apresurada. Quería ser un libertador y poner en marcha una rebelión.

Mirar de un lado a otro indica que no estaba actuando ante Dios. Un ejercicio no es un llamado de Dios. La pasión no es un principio, el impulso no es un propósito. No debemos actuar solo por un llamamiento piadoso o un entusiasmo misionero. Si aprendemos estas importantes lecciones sobre el llamado de Dios, un joven hermano ejercitado se preservará de la vergüenza de salir por Dios y ser llamado de vuelta a casa por su esposa y su familia. Necesitamos aprender, como Moisés, que el desierto viene antes que el llamado de Dios, el santuario antes que la calle, lo privado antes que lo público, la adoración antes que el trabajo. Que Dios nos preserve de los predicadores que solo hablan. La calidez de la presencia de Dios y el peso de la verdad de Dios nos librarán del mero viento y las palabras. Un hermano joven que buscaba elogios declaró que sería original o nada. Dijo que pronto descubrió que era ambas cosas. Un hombre celoso declaró que Dios lo había llamado a la evangelización mundial. Dijo, aunque parezca increíble, que aún no había enseñado en una clase de escuela dominical.

Moisés intentó enterrar al egipcio en la arena. Cuando Dios enterró a los egipcios, enterró al faraón, con sus carros y jinetes, a todo el ejército en el fondo del Mar Rojo, de modo que no quedó ni uno solo de ellos. Moisés tuvo que esperar a que Dios juzgara al faraón. No miraba de un lado a otro, sino que miraba en la dirección correcta cuando «perseveró, como viendo al que es invisible» (Hebreos 11:27). También tenía la carga adicional de ver a sus hermanos volver a las fábricas de ladrillos y soportar los azotes de los capataces durante otros cuarenta años. Ellos dijeron: «¿Quién te ha puesto por jefe y juez sobre nosotros?». Al igual que su bendito Señor, los suyos no lo recibieron. El pueblo de Israel servía a los dioses de Egipto (Josué 24:14). Eran infieles y rebeldes. Dios dijo: «El día que alcé mi mano hacia ellos, para sacarlos de la tierra de Egipto... se rebelaron contra mí y no me escucharon; no desecharon las abominaciones de sus ojos, ni abandonaron los ídolos de Egipto» (Ezequiel 20:6, 8). Israel suspiró, lloró y gimió bajo sus cargas. No estaban listos para irse hasta que se hartaron de Egipto, se arrepintieron y clamaron a Dios por su liberación.

Moisés aprendió a ser siervo mientras estaba en el desierto, junto al pozo. En la escuela de Dios,

defendió a las mujeres oprimidas. Se levantó para ayudarlas cuando los pastores las expulsaron de los abrevaderos que habían llenado de agua para el rebaño de sus padres (Éxodo 2:17). Estos ladrones egoístas y violentos estaban robando a las mujeres al quitarles el fruto de su trabajo. Moisés pensaba en los oprimidos de Egipto y en el fracaso de su propia imprudencia.

El Señor resucitado ordenó a sus discípulos «que no se alejaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre» (Hechos 1:4). La orden del servicio, en el poder del Espíritu Santo, era «ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra» (Hechos 1:8). La orden suele ser: dar testimonio ante familiares, compañeros de colegio o compañeros de trabajo. Demuestra la existencia de Dios en una pequeña clase de catequesis y en la asamblea local. Deja que se oiga tu voz dando gracias públicamente a Dios por su Hijo, antes de intentar predicar a otros acerca de Él.

Moisés y la Zarza Ardiente

«Moisés apacentaba el rebaño de Jetro, su suegro, sacerdote de Madián, y llevó el rebaño a la parte posterior del desierto, y llegó al monte de Dios, al Horeb» (Éxodo 3:1). Hubo cuatro grandes montañas en la vida de Moisés que indicaban el progreso de su intimidad con Dios:

En Horeb, vio la LUZ de la zarza.

En el Sinaí, recibió la LEY de Dios.

En Písga, vio la TIERRA Prometida.

En el Monte de la Transfiguración, apareció con el SEÑOR de la Gloria.

«Moisés, Moisés». Esta es la gloria de la llamada de Dios a Moisés. El Éxodo, del capítulo 3, versículo 4, al capítulo 4, versículo 17, constituye uno de los diálogos más largos que un hombre haya tenido jamás directamente con Dios. Moisés recibió su encargo a los ochenta años, cuando ya había transcurrido dos tercios de su vida. No hay sustituto para la experiencia. No era un anciano en declive. A los ciento veinte años, «su vista no se había debilitado ni su fuerza natural había disminuido» (Deuteronomio 34:7). Juan escribe a los niños pequeños, a los jóvenes y a los padres, dándoles consejos sobre las relaciones, el desarrollo y la madurez.

Dios es el Dios de la recuperación para aquellos que tienen recuerdos de fracaso y decepción. Jacob era un tramposo, Jonás era un desertor, Pedro negó al Señor, Pablo dijo que todos somos vasos de barro. Dios no nos abandona si nos volvemos a Él con humildad y confesión.

«Ahora me apartaré para ver esta gran visión, por qué la zarza no se quema. Y cuando el Señor vio que se apartaba para ver, Dios lo llamó desde en medio de la zarza» (Éxodo 3:3-4). La llama de fuego que brotaba de la zarza espinosa preocupaba al

diligente pastor que cuidaba de sus ovejas. En la pradera reseca, el fuego se propaga rápidamente poniendo en peligro a sus rebaños, pero Moisés observó que la vegetación se conservaba y que las ramas de la zarza no se consumían. Cuando Dios quiso revelarse a Moisés, no se apareció en un robusto roble, ni en un elegante cedro, ni en un abeto de gran altura, sino en una humilde zarza común.

«Y dijo: No te acerques aquí; quítate el calzado de los pies, porque el lugar donde estás es tierra santa» (Éxodo 3:5). A Moisés se le concedió una visión de los emblemas de la Deidad: la GLORIA INMENSA, la ENERGÍA INAGOTABLE, el PROPÓSITO INCONMOVIBLE del GRAN «YO SOY». Esta fue la Llamada, la gran crisis en la vida de Moisés. Se encontraba en tierra santa, desnudo al aire libre, tratando con Dios. «Entonces Moisés tembló y no se atrevió a mirar» (Hechos 7:32). En presencia de Dios, los serafines, ejecutores de alto rango de los decretos del trono, claman: «Santo, santo, santo» (Isaías 6:3). Moisés pronto recibiría el modelo del santuario y más tarde escribiría sobre la gloria sobre el propiciatorio. El tabernáculo, la casa que Moisés construyó, estaba dividido en el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. El sumo sacerdote llevaba una placa de oro puro grabada con «Santidad al Señor». «La santidad es digna de tu casa, oh Señor, para siempre» (Salmo 93:5).

El propósito de nuestra salvación es «que seamos santos» (Efesios 1:4). La clave para acercarnos a Dios es el temor reverencial a Dios. La santidad es la semejanza moral con Dios. La túnica blanca de la justicia es nuestra solo por gracia, mediante la fe en Cristo. No podemos alcanzar la perfección sin pecado y, en nuestro mejor servicio, somos conscientes de nuestra debilidad, fragilidad y fracaso. Sin embargo, estamos habitados por el Espíritu Santo, debemos ser guiados por las Sagradas Escrituras y la norma del servicio al que estamos llamados es ser santos. Si no cumplimos esta norma, nuestro servicio no tiene valor. «Pero como aquel que os ha llamado es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta, porque está escrito: Sed santos, porque yo soy santo» (1 Pedro 1:15-16).

Esta es la gloria del «llamado» de Dios; su separación; esta separación para sí mismo; es el carácter de Dios reproducido en su siervo. Esto se verá en la separación de todo lo que entristece a Dios, para caminar más cerca de Él. Nunca seremos tan santos como Él, pero debemos ser santos porque Él es santo. Es nuestro privilegio pedirle a Dios ayuda y asistencia con reverencia filial, como a nuestro Padre misericordioso, para que podamos ganar Su aprobación.

«Además, dijo: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Y Moisés escondió su rostro, porque temía mirar a Dios» (Éxodo 3:6). El siervo de Dios debe ser llamado

y comisionado por Dios para una obra específica para Él. «El Dios de gloria se apareció a nuestro padre Abraham» (Hechos 7:2). Jacob dijo: «El Dios Todopoderoso se me apareció en Luz» (Génesis 48:3). ¿Cómo soportó Moisés los murmullos y la incredulidad de Israel durante cuarenta años en el desierto? «Él soportó, como viendo al que es invisible» (Hebreos 11:27). Un hombre puede tener un título en la escuela de los hombres, pero no saber el alfabeto en la escuela de Dios.

Moisés, al final de su vida, en su bendición moribunda a las tribus, no había olvidado «las cosas preciosas de la tierra y su plenitud, y la buena voluntad de Aquel que habitaba en la zarza» (Deuteronomio 33:16).

Moisés Aprendió Tres Cosas en Horeb:

1. LA PRESENCIA DE DIOS «El SEÑOR» Jehová o Yehovah, compuesto de Yeh heh; «Él será», «será» y «Él fue» (Éxodo 3:7), repitiendo las expresiones «Yo soy» en el diálogo, y «Yo haré» siete veces, dando una garantía séptuple a Su siervo: «Yo te enviaré» (3:10); «Ciertamente estaré contigo» (3:12). «Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, serviréis a Dios en este monte» (3:12).

2. EL PODER DE DIOS «¿Qué es eso que tienes en la mano? Y él respondió: Una vara» (Éxodo 4:2). La vara cortada de sus raíces, seca, sin savia, sin fuerza propia, se convirtió en una serpiente, símbolo de la realeza egipcia hasta que fue controlada por la mano de Moisés. El poder de Dios controló una vara en la mano de Moisés, una honda en la mano de David, un clavo, un aguijón de buey, una quijada en el libro de los Jueces; cinco panes de cebada y dos pececillos para alimentar a la multitud. La señal de la mano leprosa como la nieve que fue sanada, mostrando el poder de Dios sobre la repugnante infección del pecado en Egipto. Cuando más tarde se le dijo a Moisés que levantara su vara y extendiera su mano sobre el mar, necesitó el poder de Dios, no su propia energía, como lo hizo en sus primeros esfuerzos bien intencionados pero inoportunos.

3 EL PROPÓSITO DE DIOS «Extenderé mi mano y heriré a Egipto con todas mis maravillas que haré en medio de él; y después de eso os dejaré ir» (Éxodo 3:20). Las plagas de Dios harían repugnante el Nilo, herirían a las bestias del campo, atormentarían la piel de sus cuerpos y, mediante ranas, moscas, pestilencia, granizo y langostas, harían que los egipcios aborrecieran los viles objetos de su idolatría, sumirían a su dios sol en una oscuridad palpable, matarían a sus primogénitos y levantarían lamentos hasta que Israel resultara abominable para sus opresores y estos los expulsaran apresuradamente. Éxodo significa «la salida»; la palabra «salida» aparece doce veces en los capítulos 12 y 13 del Éxodo.

Moisés estaba aprendiendo que en todo su servicio debía contar con la presencia y el poder de Dios, y que Dios tendría toda la gloria. «Ahora bien, Moisés era un hombre muy manso, más que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra» (Números 12:3). Con mansedumbre, devoción y humildad, Moisés soportó sus murmuraciones en el desierto durante cuarenta años. Cuando el pueblo se corrompió en su adoración al becerro de oro, «el Señor dijo a Moisés: He visto a este pueblo, y he aquí que es un pueblo de dura cerviz. Ahora, pues, déjame solo, para que mi ira se encienda contra ellos y los consuma, y haré de ti una gran nación» (Éxodo 32:9-10). En esto, Moisés estaba dispuesto a negarse a sí mismo, sabiendo que si aceptaba tal oferta de exaltación, estaría negando la gloria y los propósitos de Dios, que lo había llamado para ser su siervo.

Moisés tenía cuatro excusas para rechazar el llamado de Dios en la zarza ardiente:

1. Inadecuación personal: «¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar a los hijos de Israel de Egipto?» (Éxodo 3:11). Dios dijo: «Ciertamente estaré contigo» (Éxodo 3:12).
2. falta de autoridad: Moisés dijo que el pueblo le preguntaría quién lo había enviado. Dios dijo: «Yo soy el que me ha enviado a ti» (Éxodo 3:14). Dios no ofreció ninguna fórmula legal ni sistema religioso.
3. La presencia del Todopoderoso «Yo soy», el Señor Dios de los hebreos, el Dios vivo, responderá a la tiranía del faraón, al engaño de los magos y a la traición de la idolatría egipcia con sus muchos dioses.
4. Sin confirmación de su llamado: «No me creerán ni escucharán mi voz» (Éxodo 4:1). Dios respondió con misericordia al razonamiento de Moisés mostrándole los milagros y las plagas que Él realizaría en Egipto con el cayado de pastor en su mano. Una simple vara con el poder de Dios es más poderosa que la sutil serpiente venenosa como el faraón o la corrupción leprosa de las ollas de carne de Egipto. Dios no siempre necesita un rey con un cetro real, sino un humilde siervo con un cayado de pastor, para extenderlo sobre el Mar Rojo, para golpear la roca dura o para obtener la victoria sobre el ejército de Amalec.

Moisés vuelve a su completa incompetencia: «lento de palabra», «lento de lengua», «poco elocuente» (Éxodo 4:10). Dios dice: «Yo estaré con tu boca y te enseñaré lo que debes decir».

Finalmente, Moisés dice: envía a otra persona (Éxodo 4:13). Moisés, uno de los siervos más escogidos de Dios, no quería ir. Isaías dijo: «¡Ay de mí, que estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros!» (Isaías 6:5). Jeremías dijo: «He aquí, no puedo hablar, porque soy un niño» (Jeremías 1:6). Pablo también aprendió la lección de la insuficiencia humana: «De lo cual fui hecho ministro, según el don de la gracia de Dios que me fue dado por la eficacia de su poder. A mí, que soy menos que el más pequeño de

todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles las insondables riquezas de Cristo» (Efesios 3:7-8).

A menudo cometemos los mismos errores que Moisés. *Corremos* antes de ser enviados, nos *retiramos* antes de ser derrotados y nos *resistimos* cuando somos llamados. Dios nos enseñará con paciencia. Un llamado de Dios no implica un gran salto con nuestras propias fuerzas hacia el trono de la gran ambición. No implica una restricción externa ni un impulso interno. El orgullo, la arrogancia y la autoexaltación son un cansancio ante el pueblo de Dios. En la escuela de Dios se nos enseñará que no podemos huir como Jonás o Marcos. Moisés huyó ante la primera dificultad. Entonces, «se encendió la ira del Señor contra Moisés» (Éxodo 4:14). Dios no lo abandonó, sino que le proporcionó graciosamente a Aarón, su hermano mayor, para que fuera su portavoz.

Moisés no pudo excusarse con éxito. Debía obedecer a Dios, era una obligación ineludible, era claramente la voluntad de Dios. El patrón divino se establece en la obediencia suprema que se ve en Getsemaní, cuando el Señor Jesús dijo: «Sin embargo, no lo que **yo** quiero, sino lo que **tú** quieres» (Marcos 14:36).

Debemos tener esto presente en todos los aspectos del servicio a Dios, ya sea en el campo misionero, en la localidad, en la asamblea local o en el testimonio básico diario. Dios debe recibir toda la gloria. Nunca debemos preparar un mensaje solo porque nuestra agenda dice que hemos acordado predicar en una fecha específica. Debemos predicar porque Dios nos ha dado un mensaje y no sería correcto ocultarlo. Moisés partió, con la visión de la gloria de Dios que le fue dada en la zarza ardiente, con nada más que una vara en la mano.

¿Qué Sigue?

Joel Portman

Los seguidores de la escena política saben que algunos han pronosticado una «edad de oro» tras la elección de Trump como presidente de los Estados Unidos. Los más perspicaces se dan cuenta de que ese entusiasmo suele ser infundado y está condenado a revelarse como un triste error. Los economistas y analistas políticos más sensatos, familiarizados con los precedentes históricos, saben que esas profecías nunca se cumplen y que nuestro mundo se desliza silenciosamente hacia un futuro incierto y desconocido para la mayoría. Los hombres de este mundo viven, en

su mayor parte, en la oscuridad, solo adivinando lo que los acontecimientos del presente producirán en el futuro.

Pero los creyentes en Cristo y aquellos que realmente creen en la Palabra de Dios saben que se avecina un momento de gloriosa transformación para algunos y de infinito desastre y sufrimiento para otros. Creemos en la Palabra de Dios, que nos dice que tenemos una «bendita esperanza» vinculada a la aparición de la gloria de nuestro Salvador Jesucristo (Tito 2:13). Es la esperanza que «se cierne con rayos muy alegres, las horas de la noche» (n.º 152 BHB, Margaret Carson). Es la venida de nuestro Señor Jesús por su iglesia, su pueblo redimido, su posesión adquirida y sus amados. ¡Nuestro Salvador viene! Y la iglesia dice: «Amén, ven pronto» (Apocalipsis 22:20).

Muchos se preguntarán si Dios intervendrá alguna vez para acabar con los males y las injusticias que abundan en nuestro mundo actual. Los creyentes sufren persecución en muchas partes del mundo. La apatía parece dominar a los cristianos en otras áreas. La degeneración parece ser la tendencia entre la mayoría. Sin embargo, la respuesta es que Dios ha revelado repetidamente que, en la actualidad, está permitiendo que los asuntos mundiales continúen, pero que definitivamente intervendrá, tal como lo hizo en aquellos días malvados de Noé.

Este intervalo actual se denomina a menudo el Día de la Gracia, la Era de la Iglesia o de alguna otra manera. Es claramente un período de tiempo que no se veía en el Antiguo Testamento. Los profetas vieron los «puntos álgidos» del futuro y reflexionaron sobre el significado de gran parte de lo que escribieron (1 Pedro 1:11). Escribieron sobre los sufrimientos que le correspondían a Cristo y las glorias posteriores a ellos, pero entre medias había un desconocido que no veían. Nos encontramos en ese período cuando miramos hacia atrás, a los sufrimientos que Él padeció y a lo que otros han sufrido por Su causa, y hacia adelante, a la gloria que brilla ante nosotros. Algunos se preguntan por qué los profetas no vieron esta brecha en la profecía. Quizás sea porque el trato de Dios con el mundo gentil a través de la iglesia no se refiere directamente a Israel y su destino. Sabemos que Pablo describe la composición judío-gentil de la iglesia como un misterio (Efesios 3:9) que estaba oculto en Dios desde la fundación del mundo. Por lo tanto, entendemos que no se reconociera.

Creemos que ese intervalo comenzó el día de Pentecostés con la venida del Espíritu Santo para continuar la obra de Dios en este mundo (Juan 16:8-11) y completar lo que se había comenzado y se basa en la obra del Señor Jesús. Continuará hasta que la iglesia se complete, se coloque la última piedra en el edificio espiritual que continúa (Efesios 3:21) y se salve la última alma en esta dispensación. Después de eso, aunque es muy probable que otros se salven durante

la gran tribulación, no formarán parte de la iglesia. La duración real de este período nunca se nos da en las Escrituras. Muchos han tratado de dar fechas o estimar el día de la venida del Señor observando los acontecimientos y las condiciones del mundo, pero en opinión de este escritor, todos esos intentos son erróneos, mal concebidos y condenados al fracaso (Mateo 13:33, 35).

Características de la Actualidad

Vivimos en una época marcada por características únicas y distintivas. Una de las principales es la ausencia física de nuestro Señor, durante la cual su nombre es blasfemado por muchos y venerado por unos pocos. Esto se describe en algunas de las parábolas del Señor, como en Lucas 19:12-27, y se predice en sus palabras en Juan 14:2-4. El Espíritu Santo está obrando actualmente, no desde el cielo como es habitual, sino desde esta tierra donde mora (Juan 14:16-18) y está asociado con la iglesia como el que detiene (2 Tesalonicenses 2:6-7) la manifestación del hombre de pecado.

Se caracteriza por la paciencia de Dios, como en 2 Pedro 3:9, cuando se permite al hombre continuar en el pecado sin que caiga inmediatamente el juicio divino, durante lo cual Dios «los entrega» (Romanos 1), lo que da lugar a una creciente degeneración de la sociedad.

Durante este período, Dios está reuniendo, por medio de Su Espíritu, a un pueblo compuesto tanto de judíos como de gentiles que forman la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Esa expresión indica su relación única con Él como Cabeza, del mismo modo que el Edificio sugiere que los individuos son piedras vivas que se añaden a él (1 Pedro 2:5). Mientras el Espíritu Santo continúa esta obra, también hay un creciente alejamiento de la verdad y un rechazo de los principios de Dios que culminará en la gran apostasía (2 Tesalonicenses 2:3, 2 Timoteo 3:1-5).

La Retirada de la Iglesia

Muchos niegan o dudan de la verdad del rapto de la iglesia, pero aquellos que aceptan una interpretación literal de las Escrituras y, con la ayuda de la comprensión de las dispensaciones de los diversos tratos de Dios con la humanidad, reconocen que tal elevación repentina no solo es anticipada, sino también necesaria.

Una de las razones es que la Gran Tribulación viene para probar a los «habitantes de la tierra» (Apocalipsis 3:10). Algunos tratan de situar a la iglesia en ese período de intenso sufrimiento, pero malinterpretan el propósito del tiempo de prueba. No es para la iglesia, sino para la restauración de Israel y el juicio derramado por Dios sobre un mundo impío. Además, tenemos imágenes de ese evento en el Antiguo Testamento. Enoc es un ejemplo claro, al ser

sacado repentinamente de un mundo que se movía rápidamente hacia el juicio de Dios en el diluvio. Vemos que él es una imagen de la iglesia al final de esta era, mientras que Noé y su familia representan la preservación de Dios del remanente fiel durante la Gran Tribulación. Lot fue liberado de Sodoma antes de que cayera el juicio de Dios; el ángel le dijo que no podía hacer nada hasta que ese «hombre justo» fuera sacado a salvo.

2 Pedro 2:9 nos da una promesa de que, del mismo modo, «el Señor sabe librar a los piadosos de la tentación», haciendo una diferencia entre ellos y los impíos. Su propósito es tenernos con Él para disfrutar de Su presencia durante el día de Cristo, mientras que en la tierra comenzará el aspecto judicial del Día del Señor.

¿Predicciones?

Parece que es contrario a las Escrituras que cualquiera de nosotros vincule la venida del Señor a cualquier condición actual en la tierra o incluso a un estado general de la sociedad mundial. Nunca ha existido ningún elemento que permita predecir la fecha en que vendrá. Algunos han dicho que Él no pudo haber regresado mientras Pedro vivía, basándose en Sus palabras en Juan 21:18, 23. Sin embargo, ¡esas palabras que Juan escribió fueron escritas después de la muerte de Pedro! Y Pedro podría haber muerto mucho antes, ya que Su tiempo estaba en manos del Señor en cualquier caso. Todos tenemos la tendencia a mirar nuestro mundo, sus acontecimientos, la situación política, el declive moral, la oscuridad espiritual y la indiferencia, y muchas otras cosas por el estilo, y luego decir (demasiado) fácilmente que todo esto indica que la venida del Señor está cerca. Amados, ¡Su venida SIEMPRE está cerca! Debemos vivir cada día con la alegre expectativa de que Él podría venir en cualquier momento.

Es un error asociar Su venida por la iglesia (no Su segunda venida a la tierra) con las señales que encontramos descritas en muchas de las parábolas del Señor. Es evidente que el Señor espera que Sus siervos sean fieles a Él en la vida y en el servicio, con la expectativa de Su regreso en cualquier momento. Este es un motivo para nuestra constancia y devoción hacia Él, hagamos lo que hagamos.

El Rapto de la Iglesia

Algunos se oponen al uso de la palabra «rapto» diciendo que es una palabra que no se encuentra en las Escrituras. Eso es parcialmente cierto, pero no del todo. Otras apariciones de la palabra griega «harpazo» se traducen como «tomar por la fuerza», «arrebatar», «sacar» (del fuego) y «levantar». «Rapto» es la traducción al inglés de «rapere» (latín) que se encuentra en la traducción de la Biblia de la Vulgata, por lo que su uso está claramente justificado. La misma

objección podría hacerse contra palabras como «trinidad» u otros términos teológicos. Significa un traslado repentino por la fuerza de un lugar, posiblemente peligroso, a otro lugar. Eso es lo que ocurre en el rapto.

Creemos que 1 Tesalonicenses 4:13- describe ese acontecimiento para dar seguridad y consuelo a los santos cuyos seres queridos han fallecido. El Señor vendrá por los aires, el dominio de las fuerzas satánicas, mostrando su presencia imponente con un gran clamor y la voz del arcángel. Sin examinar los detalles del acontecimiento, incluyendo 1 Corintios 15:51-57, simplemente decimos que aquellos que han muerto creyendo en Cristo serán resucitados para ascender al cielo junto con los creyentes vivos para reunirse con nuestro Señor en los aires y estar siempre con Él. Ese acontecimiento incluirá a TODOS los que han confiado en Cristo. Las Escrituras no respaldan la falsa enseñanza de un «rapto parcial» que solo incluirá a los fieles (el grado de fidelidad nunca es definido por quienes apoyan esa enseñanza). No es nuestra fidelidad lo que califica a un creyente para estar con el Señor; es Su obra en la que confiamos lo que califica a un creyente para ser llevado.

Creemos que esa venida es anterior a la tribulación. La enseñanza de algunos que confunde esta venida con la segunda venida de Cristo a la tierra, o que une las dos con solo un breve intervalo entre ellas, no deja tiempo para la Gran Tribulación con sus terribles acontecimientos. Tampoco permite los acontecimientos celestiales, incluyendo el tribunal de Cristo y las bodas del Cordero. Cuando Cristo regrese en gloria, toda la Iglesia vendrá con Él, preparada y lista para irradiar Su gloria y acompañarlo cuando Él venga (Apocalipsis 19:14). Ese será el resultado de Su evaluación de nuestras vidas en el gran tribunal del cielo.

Acontecimientos Asociados

Los tristes acontecimientos que estarán asociados con Su venida por la iglesia serán el cierre de la oportunidad de salvación para aquellos que, siendo responsables, han rechazado el mensaje de salvación mediante la fe en Él. Muchos serán salvos después del rapto, durante la Gran Tribulación, pero muchos crearán «la mentira» (2 Tesalonicenses 2:11-12) y se perderán eternamente. Esa mentira no está definida, pero se podrían hacer muchas sugerencias, todas las cuales resultan en el engaño espiritual de aquellos que se pierden.

Otro acontecimiento será el comienzo del Día del Señor. Algunos creen que hay un breve intervalo entre el rapto y la Gran Tribulación, pero eso es difícil de aceptar, ya que Dios nunca ha dejado de dar testimonio a los hombres en la tierra. Parece que el Día del Señor describe los acontecimientos del juicio en la tierra que tienen por objeto llevar a Israel al

arrepentimiento, para que estén preparados para reconocer y recibir a su Mesías cuando regrese. También se dirigirán hacia un mundo incrédulo que ha seguido rechazando a Cristo y blasfemando contra su santo nombre. Los acontecimientos que seguirán al rapto no son objeto de este artículo, solo el rapto y el deseo de que todos nos sintamos impulsados a vivir en la constante expectación de su venida en cualquier momento.

La triste descripción de la iglesia y su degeneración en Apocalipsis 2-3 indica que, al acercarse el fin de esta era, la iglesia se caracterizará por el letargo, la autocomplacencia, el deseo de comodidad y la ignorancia de su verdadera condición. Solo la constante conciencia de que Él podría venir en cualquier momento y que entonces cada uno de Su pueblo dará cuenta ante Él en el Tribunal del Juicio servirá para mantener nuestras almas frescas y con una evaluación clara y honesta de nuestro verdadero estado como creyentes. Que el saber que Él está esperando pacientemente ese momento en que el Padre le diga que venga mantenga nuestras almas frescas y dedicadas a Él y fieles en el servicio a Él.

Nuestro Dios Insondable

C. Jones (Gales)

La persona de Dios es Insondable

Parece ser instintivo e inevitable que un hombre común y racional piense en la existencia de Dios y se pregunte cómo será Él. Sin una revelación de Dios, el hombre adoraría algún tipo de ídolo. Zofar preguntó: «¿Puedes tú, escudriñando, hallar a Dios?» (Job 11:7). Solo Dios puede revelar a Dios, y Él se ha revelado a sí mismo en lo que está registrado en Su Palabra escrita, las Sagradas Escrituras. Las primeras palabras escritas de las Escrituras fueron escritas por Dios en dos tablas de piedra (Éxodo 31:18; 20:1-17), y todas y cada una de las Escrituras son inspiradas divinamente (2 Timoteo 3:16). Leemos en 2 Pedro 1:21: «Porque la profecía no vino en tiempos pasados por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron movidos por el Espíritu Santo».

La revelación en la Palabra escrita es gradual y fragmentaria, siendo la revelación completa y definitiva en y a través del Señor Jesucristo (Hebreos 1:1-3), pues «nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer» (Juan 1:18). La preeminencia, el poder, la supremacía, la gloria y la suficiencia del «todo amable» (Cantar 5:16), el Señor Jesucristo, se nos presentan en (Colosenses 1:15-20). Se declara que Él es la imagen del Dios invisible (v. 15); el creador de todas las cosas (v. 16); el sustentador de todas las cosas (v. 17);

Cabeza del Cuerpo, la Iglesia (v. 18); Aquel en quien habita toda la plenitud (v. 19), y Aquel que hizo la paz mediante el derramamiento de Su sangre en la cruz y por quien todas las cosas serán reconciliadas con Dios (v. 20). El Señor dijo: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Él era Dios «manifestado en carne» (1 Timoteo 3:16); «Dios con nosotros» (Mateo 1:23), y toda la plenitud de la Deidad moraba en Él en forma corporal (Colosenses 2:9).

La maravillosa creación de Dios revela algo de su poder y gloria (Salmo 19:1-6): la creación proporciona continuamente pruebas de la existencia, el poder creador, la sabiduría y la majestad de Dios. La humanidad no tiene excusa para no adorar y servir a Dios. El testimonio del Dios invisible, de su gloria y poder eterno, está a nuestro alrededor en las cosas que podemos ver y oír. Pablo escribió: «Las cosas invisibles de Él, desde la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por las cosas que están hechas, incluso su poder eterno y su divinidad; de modo que no tienen excusa» (Romanos 1:20).

La creación proporciona una prueba incontrovertible de la existencia, el poder y la gloria de Dios, y la meditación sobre la obra creadora de Dios nos llenará de asombro. Sin embargo, la revelación de Dios en y a través de la creación no nos da una idea de la naturaleza, la persona o el carácter de Dios. Muchos de los atributos de Dios, como su santidad, amor, gracia y verdad, no se revelan en la creación, sino en su Palabra escrita. La revelación de Dios en la creación no producirá por sí misma la fe salvadora, pero el Espíritu Santo, al hablar con gracia a una persona a través de la Palabra de Dios, puede revelar la santidad, el amor, la gracia y la misericordia de Dios, convencer de pecado y llevar al pecador al arrepentimiento y a la fe salvadora en la persona del Señor Jesucristo. El pecador no es salvo por creer que Dios existe, sino por la fe salvadora en Cristo (Hechos 4:12).

Cuando un creyente lee la Palabra de Dios en oración, bajo la guía y dirección del Espíritu Santo, la maravilla de Dios y todo lo que Él está haciendo, ha hecho y aún hará, llena al creyente de asombro, pues los hechos revelados son abrumadores y estimulan el deseo de adorar y alabar al Dios omnipotente y omnisciente. «Dios es amor» (1 Juan 4:8), y Él es santo (Levítico 19:2). Él es «el Dios de toda gracia» (1 Pedro 5:10) y «rico en misericordia» (Efesios 2:4).

Él es «el único Dios sabio» (1 Timoteo 1:17), y leemos acerca de «la profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios» (Romanos 11:33). Siendo infinito en sabiduría, conocimiento, amor y poder, Dios siempre logra Sus propósitos de la mejor manera posible: «Su camino es perfecto» (Salmo 18:30). El mundo no llegó a conocer a Dios a través de la sabiduría mundana, «porque ya que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios mediante la

sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes mediante la locura de la predicación» (1 Corintios 1:21). La predicación a la que se refiere este versículo es la predicación del mensaje de la cruz, y «la predicación de la cruz es locura para los que se pierden; pero para nosotros los salvos es poder de Dios» (1 Corintios 1:18). En la sabiduría infinita de Dios, no muchos de los que son sabios, poderosos o nobles a los ojos del mundo son salvos. Dios ha elegido a menudo a aquellos que son considerados necios y débiles y son despreciados. Al hacerlo, se revela la sabiduría de Dios y Él es glorificado (1 Corintios 1:26-31).

Los creyentes pueden descansar en la seguridad de que «todas las cosas cooperan para bien de los que aman a Dios, los que son llamados según su propósito» (Romanos 8:28). El propósito de Dios es que los creyentes se parezcan cada vez más a su Hijo unigénito, nuestro Señor y Salvador Jesucristo (Romanos 8:29). Solo Dios, en su perfecta sabiduría, sabe lo que es mejor para los creyentes, y Él es capaz de ordenar todas las cosas para su bien eterno y su gloria. Todo lo que Dios hace, en su sabiduría, amor y poder, lo glorifica, exalta al Señor Jesucristo y trae paz y bendición a los creyentes. Habiendo sido salvos, los creyentes deben buscar servir a Dios de acuerdo con las verdades reveladas en Su Palabra escrita, y orar por la sabiduría que viene de arriba, que es «primero pura, luego pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía» (Santiago 3:17).

Dios tiene una existencia eterna e independiente, y la causa de Su existencia está en Él mismo. Él es el Santo que existe por sí mismo, que es autosuficiente y que posee la vida eterna en sí mismo. Él es inmutable, eternamente inmutable (Malaquías 3:6). Siendo perfecto e infinito en sabiduría y conocimiento, Dios nunca ha aprendido ni olvidado nada. Nunca ha tenido que experimentar para ver si algo funcionaría o se desarrollaría, porque Él conoce todas las cosas desde su principio. Todos sus atributos son eternos e inmutables; lo que siempre fue, es, y lo que es, siempre será. Sus promesas son inmutables y, debido a lo que Él es eternamente, su cumplimiento es seguro y cierto.

La meditación sobre Dios y sobre la persona y la obra de su Hijo unigénito, eterno y amado, el Señor Jesucristo, que es coigual, coeterno y coexistente con Él mismo, hará que el creyente experimente sentimientos tan abrumadores de asombro, admiración y amor por el Padre y el Hijo que no pueden expresarse plenamente en el lenguaje humano, ni verbalmente ni por escrito. El lenguaje humano es perfectamente adecuado como medio para comunicar información sobre asuntos finitos y terrenales y sobre experiencias terrenales. Sin embargo, sus insuficiencias se hacen evidentes cuando se trata de lo infinito y eterno, es decir, de Dios y las cosas de Dios. Ni siquiera el uso de

superlativos es suficiente. Uno puede sentir más de lo que puede expresar.

(Continuación)

Este no es tu Descanso

Los acontecimientos de nuestro tiempo nos recuerdan el solemne mensaje que Dios envió a Israel: «Levantaos y marchaos, porque este no es vuestro descanso; pues está contaminado, y os destruirá con gran destrucción» (Miqueas 2:10). Es cierto que estas palabras no son una exhortación a los hijos de Dios para que salgan de un mundo impío, sino más bien el anuncio de Su propósito inmutable de expulsarlos de la tierra que habían contaminado con sus iniquidades, así como ellos habían expulsado a otros de sus hogares y posesiones. Sin embargo, por aplicación, estas palabras pueden dirigirse a todos los cristianos, recordándoles que este mundo contaminado no es su descanso.

Leemos acerca de un reposo de la Creación, que pronto fue perturbado por la introducción del pecado (Génesis 2:2, 3). Leemos acerca de un descanso en Canaán, que pronto se perdió por la incredulidad y la idolatría de Israel (Josué 1:13; 22:4). El primer descanso nunca se recuperó, pues nuestro Señor Jesús dijo a los judíos: «Mi Padre hasta ahora obra, y yo trabajo» (Juan 5:17). El segundo descanso nunca pudo recuperarse, excepto con la venida de Aquel de quien Salomón «el pacífico» era un tipo, y de quien Jehová dijo a David: «He aquí que te nacerá un hijo, que será un hombre de reposo» (1 Crónicas 22:9). Hay un descanso que Él concede, bendito sea Su nombre, incluso en medio de las distracciones y tumultos salvajes de la tierra; pero sigue siendo cierto que Él dice a Sus seguidores: «Levantaos y marchaos, porque este no es vuestro descanso».

Primero, hay un descanso que Él da. «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11:28). Es un descanso dado, no vendido, y debe ser recibido como un regalo, o no puede ser recibido en absoluto. Dios dio a su Hijo unigénito (Juan 3:16); el Padre nos dio otro Consolador (Juan 14:16); Cristo nos da vida eterna (Juan 17:8); Él da arrepentimiento y remisión de pecados (Hechos 5:31); Él nos da consuelo eterno (2 Tesalonicenses 2:16); Él se da a sí mismo (Tito 2:14). Todo es un regalo, y el alma nunca descansa hasta que acepta como verdadero, y verdadero como satisfactorio para sus propias necesidades, el testimonio de que «el don de Dios es la

vida eterna por medio de Jesucristo nuestro Señor» (Romanos 6:23).

Segundo, se encuentra el descanso. «Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga ligera» (Mateo 11:29, 30). La única manera de encontrar un descanso real y permanente es caminar en comunión con Él, unidos en un servicio amoroso y caminando junto a nuestro Señor, tal como Él caminó. Cuando podemos decir con Pablo: «El amor de Cristo nos constriñe» (2 Corintios 5:14); «Para mí, vivir es Cristo» (Filipenses 1:21); «Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gálatas 6:14), nuestra paz será como un río, y se hará más profunda y más amplia a medida que fluye hacia el mar infinito del amor de Dios.

En tercer lugar, el descanso es la porción de los seguidores de Cristo en medio del servicio. «Les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco» (Marcos 6:31). No los alejó de sí mismo, sino que les dijo: «Venid», yendo delante de ellos y con ellos a un retiro tranquilo, donde no les molestaran las confusiones y las contiendas de los hombres. A menudo, el creyente está dispuesto a exclamar con el salmista: «¡Quién me diera alas como a la paloma, para volar y descansar! (Salmo 4:6), pero el Maestro le ministra en su desánimo los consuelos del Espíritu Santo, de modo que puede decir verdaderamente: «Vuelve, alma mía, a tu reposo, porque el Señor te ha tratado con generosidad» (Salmo 116:7).

Cuarto, pronto habrá un descanso del trabajo. «Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, y sus obras les siguen» (Apocalipsis 14:13). De los justos, que son apartados del mal que está por venir, está escrito: «Descansarán en sus lechos, cada uno andando en su rectitud», o como dice en el margen, «delante de Él» (Isaías 57:2); y a Daniel se le dijo: «Ve tú por tu camino hasta el fin, porque descansarás y estarás en tu suerte al fin de los días» (Daniel 12:13). Job también encontró consuelo en el pensamiento de la tumba, porque «allí cesan los impíos de molestar, y allí descansan los cansados» (Job 3:17).

Quinto, habrá descanso de las tribulaciones. «A vosotros, que estáis atribulados, descansad con nosotros, cuando se revele el Señor Jesús desde el cielo con sus ángeles poderosos» (2 Tesalonicenses 1:7). «El hombre nace para la aflicción, como las chispas vuelan hacia arriba» (Job 5:7), y especialmente los cristianos en un mundo contaminado; pero sin duda llegará el momento en que se dirá a los creyentes tentados y probados: «El Señor te dará descanso de tu dolor, de tu temor y de la dura servidumbre en la que te hicieron servir» (Isaías 14:3). Al igual que el apóstol,

podemos estar «afligidos por todas partes, pero no angustiados; perplejos, pero no desesperados» (2 Corintios 4:8), porque oímos la voz de nuestro Amigo infalible que nos dice: «Mi presencia irá contigo, y te daré descanso» (Éxodo 33:14); y de nuevo dice: «No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí» (Juan 14:1).

Sexto, habrá un descanso glorioso en su venida. «En aquel día habrá una raíz de Jesé, que se levantará como bandera de los pueblos; a ella buscarán las naciones, y su reposo será glorioso» (Isaías 11:10). Entonces su pueblo «habitará en morada pacífica, en lugares seguros y en lugares de reposo tranquilos» (Isaías 32:18). Entonces, a la ahora oprimida Jerusalén y al oprimido Israel se les cumplirá la dulce promesa: «El Señor tu Dios en medio de ellos es poderoso; Él te salvará, se regocijará sobre ti con alegría; descansará en su amor; se regocijará sobre ti con cánticos» (Sofonías 3:17).

Séptimo, hay un descanso eterno que espera a los redimidos. «Por lo tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha cesado de sus propias obras, como Dios de las suyas. Apresurémonos, pues, a entrar en ese reposo, no sea que alguno caiga siguiendo el mismo ejemplo de incredulidad» (Hebreos 4:9-11). Cerremos el año recordando que «aquí no tenemos ciudad permanente, sino que buscamos la que está por venir», «una ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Hebreos 11:10; 13:14). Es una ciudad donde todo es santo, feliz y eterno, y donde el pecador redimido puede decir con Salomón: «Ahora el Señor mi Dios me ha dado descanso por todas partes, de modo que no hay adversario ni mal que ocurra» (1 Reyes 5:4).